

ANTONIO MERINO MADRID

Cuándo y cómo empezó a celebrarse la fiesta de la Cruz en Añora y por qué adquirió su especial configuración no son preguntas fácilmente contestables. Las personas más viejas del pueblo dicen conocerla "de toda la vida de Dios" y tampoco sus padres ni abuelos lo sabían. Indagar en los orígenes más lejanos de esta peculiar fiesta es por ello sumergirse en un mundo que nos lleva hasta muy atrás en el tiempo.

En la mentalidad popular española mayo es concebido como el mes de las fiestas populares, el mes del esplendor de la vegetación y el mes amoroso por excelencia. Todo ello se ha manifestado en las diversas representaciones que de él ha hecho la tradición de los pueblos, de las cuales la que entronca más directamente con la fiesta de la Cruz es un árbol al que también se llama *mayo*. En efecto, hay costumbre en muchos pueblos y regiones de España, de colocar en la plaza del pueblo o en un lugar determinado, el último día de abril o el primero de mayo, un gran árbol, denominado *mayo*, al que se adorna con flores, cintas, ramas y frutos, y en muchas partes pañuelos de seda y otras prendas de vestir, y a cuyo alrededor se baila todo el día. En algunos sitios el árbol se sustituía por un poste o palo largo, a modo de cucaña, lleno también de adornos. Entre las aplicaciones del mayo, la de emplearlo en un sentido amoroso parece ser la más significativa: uno de los mozos del pueblo cortaba el árbol y tenía el derecho a ponerlo delante de la puerta de su novia. Pero importante es seguramente también su significación como fiesta agraria, como una especie de amuleto o rito semi-sacro en agradecimiento o previsión de una buena cosecha.

El origen de estas celebraciones es todavía bastante desconocido, aumentando la confusión el hecho de que se manifiestan indistintamente en los lugares geográficos más insospechados. En cualquier caso, su primera manifestación nos lleva hasta la antigüedad clásica. Unos autores piensan en unas fiestas que se celebraban al terminarse la recolección del trigo, en honor de Vulcano y de las divinidades Maia y Ops. Maia es una divinidad itálica muy antigua, que ha dado nombre al mes de mayo porque en él celebraban los latinos la fiesta de la diosa. Es la personificación del crecimiento de las plantas y de la fuerza misma de la vegetación. Otros autores se inclinan más por la fiesta de Atis como la originaria. En ella se cortaba un pino y se llevaba solemnemente al templo. A este pino se le colgaban guirnalda de violetas y cintas de lana. Según el mito, Atis era un hermoso joven que vivía en los bosques de Frigia. La diosa Cibele lo eligió para sí, haciéndole el guardián de su templo, con la condición de que se mantuviera siempre virgen. Pero Atis cedió al amor de una niña y entonces Cibele hizo que ésta muriera, derribando el árbol de que dependía su vida. El muchacho enloqueció y se castró, después de lo cual la diosa lo volvió a admitir en su templo.

Del mayo a la Cruz

El carácter escandaloso que tuvieron en muchas ocasiones las fiestas relacionadas con el *mayo* llegó a tal extremo que las autoridades eclesiásticas se vieron precisadas en alguna ocasión de tomar medidas severas, pero no surtieron ningún efecto. Para sofocar estas prácticas y destruir las creencias, la Iglesia, como hizo con otras fiestas paganas, no tuvo más remedio que asimilarlas en lo posible. Aprovechando la leyenda del descubrimiento de la Cruz de Cristo por santa Elena a principios del siglo IV, el viejo árbol se convirtió en la Cruz, conservando casi intactos todos los demás elementos.



Cruz vestida en las afueras de Añora.

La Fiesta de la Cruz del primer domingo de mayo es, sin duda, la de más arraigo popular en Añora y una de las más interesantes de la comarca de Los Pedroches. La mágica noche que precede a este día nos sumerge en un total ambiente de fies-

ta y alegría que no tiene rival en ningún otro momento del año. No se trata de una fiesta artificial y controlada, sino espontánea y popular, donde las calles son el escenario y que en los últimos años está comenzando a atraer sobre sí la atención

que merecía. Todo el pueblo está abierto y, de vez en cuando, el arte de sus gentes encerrado en una habitación. Se trata de pura artesanía tradicional, laboriosa y desinteresada, que cada año alcanza unas cotas más altas de perfección.

Añora, cruces de siglos

Es la fiesta de más arraigo popular en esta población

El descubrimiento de la santa Cruz aparece narrado en multitud de crónicas medievales. Econtrándose el emperador Constantino rodeado por los ejércitos bárbaros reunidos para enfrentarse a él, recibió una visión en el cielo en la que aparecía el signo de la cruz y sobre ella la inscripción *In hoc signo vincis (Con esta señal vencerás)*. Animado por ello hizo construir una cruz de madera y la colocó al frente de su ejército, consiguiendo así vencer al enemigo al día siguiente. Enterado el emperador del significado de la cruz, y tras confirmarse en la fe cristiana, envió a su madre, santa Elena, a Jerusalén para que intentara obtener la verdadera cruz del Señor. Tras una serie de incidentes, excavando en el monte Calvario encontraron tres. Para descubrir cuál era la verdadera las colocaron una a una sobre un joven muerto, el cual resucitó al ser puesta sobre él la tercera, la de Cristo.

Toda esta historia tiene, sin duda, mucho de leyenda, pues el emperador Constantino fue considerado en el medioevo occidental como prototipo de príncipe cristiano y se le rodeó de multitud de leyendas. Pero lo importante es que la historia se difundió rápidamente, lo cual, unido a una tendencia que se desarrolla especialmente a partir del siglo IV de celebrar el aniversario de los sucesos que excitaban recuerdos más santos, facilitó la tarea de la Iglesia de convertir en religiosa una fiesta pagana.

El testimonio más antiguo en España aparece con el nombre *Dies sanctae crucis* en el Leccionario de Silos, compuesto hacia el año

650. En nuestro país, la fiesta de la Cruz ha tenido siempre un carácter popular, entrando como elemento principal las flores: o bien se adornaban con ellas altares provisionales junto a las puertas de las casas y en los patios, presididos por una cruz, o bien constituían el adorno principal de pequeñas cruces portátiles que llevaban niños y niñas pidiendo el famoso "cuartito para la cruz de mayo". Partiendo de aquí, la fiesta se fue extendiendo por toda la península con características particulares y distintivas en cada uno de los lugares en que pervivió a través de los siglos.

En la actualidad, el ambiente general que envuelve a esta celebración dista mucho del carácter religioso que presumiblemente tuvo en un principio. En casi todos los sitios en que se celebra ha desaparecido con el tiempo cualquier otro elemento del ritual cristiano que no sea la propia cruz, considerada ahora más bien elemento de cultura tradicional que símbolo religioso, con lo cual cada vez se acerca más a sus orígenes paganos. La cruz es ahora de nuevo el árbol de la antigüedad, el *mayo*, con el cual se celebra la llegada del buen tiempo y la época de crecimiento de las plantas. La fiesta en sí también ha mercedo mucho, habiéndose convertido en muchos sitios en mera excusa para una jugera más. Ya en 1929 un periodista de *Estampa* (nº 70) se extrañaba de la pervivencia en Sevilla de una "cruz típica de verdad". Trasladado al lugar y después de pagar su obligado *óbolo*, hubo de escuchar el lamento del más anciano del patio: "¡Ay, cruce-

sitas de mayo de mis tiempos! Aqueyas que s'hasian na más pa la gente de la casa. Pa uno. Sin vistas ar negocio. Donde se divertía er chico y er grande, la gente mosa y los vejetes. Donde se bebía y se bailaba y se camelaba chipén, sin adurteraciones... ¡Ay, aquellas cruse! S'acabaron. Ya no hay cruse ni hay na. No hay más que charleston".

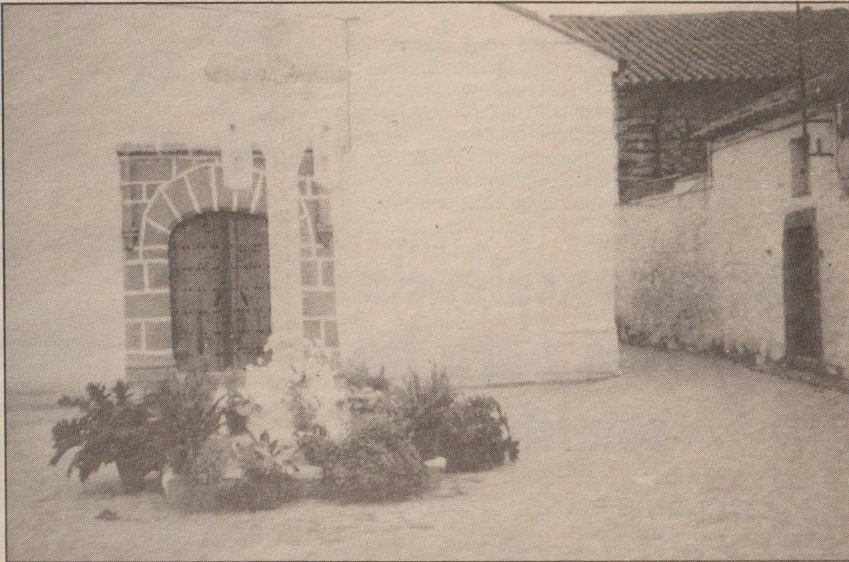
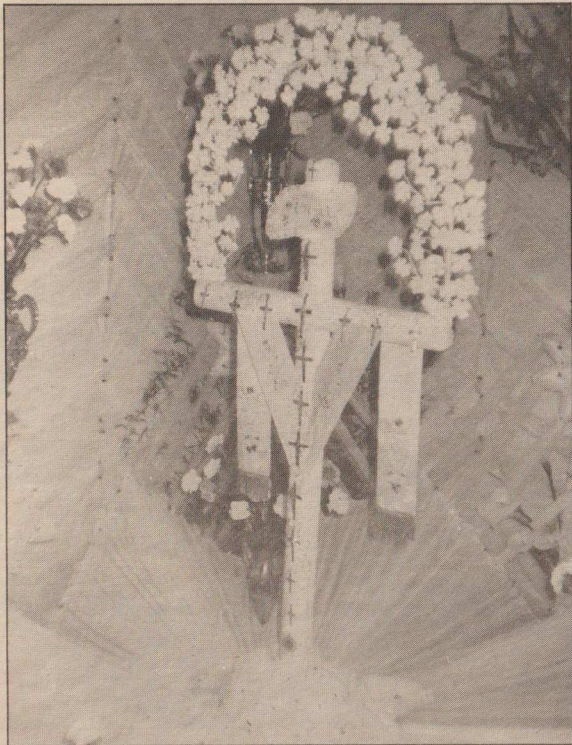
Las Cruces de Añora

Cómo esta fiesta llegó a Añora es difícil de precisar y no es imposible que viniera ya con los primeros norriegos. Cuando Añora se fundó tal como hoy la conocemos, hacia el siglo XV, la fiesta tenía ya una gran tradición en muchos lugares, aunque, curiosamente, apenas se ha conservado en otros pueblos de su comarca. El culto de Añora a las cruces se manifiesta también en las monumentales de piedra que antes existían en gran número y de las que actualmente sólo se conservan cinco. En un principio, la costumbre de "vestir cruces" era una muestra de agradecimiento religioso por determinados favores divinos o en previsión de males venideros, resto de lo cual son las hoy casi inexistentes "cruces por promesa".

Inicialmente la fiesta consistía en adornar las cruces de piedra de las calles con macetas de flores y objetos diversos aportados por los vecinos. Después, con las cruces por promesa, el arte callejero se introdujo en las casas, modificando, evidentemente, sus proporciones. La norma es adornar unas cruces de madera, de unos 80 centímetros de altura, forrada de tela blanca, cubriéndola con cruces y medallas de

oro artísticamente engarzadas acompañándola de unas bandas que cuelgan de los brazos. Una vez vestida la cruz propiamente dicha, se colocaban en una habitación habilitada al efecto, adornada con muñecos, figurillas de santos y objetos diversos y cuyas paredes se cubrían normalmente con los tradicionales mantones de manila, mientras que el suelo se tapizaba con hierbas olorosas. Con el tiempo, el hecho de vestir cruces perdió su carácter de ofrenda y se convirtió en tradición popular, la cual, sin saber muy bien por qué, quedó exclusivamente en manos de las mujeres.

Antiguamente la celebración tenía un tono marcadamente religioso. La cruz se vestía de forma sencilla y la fiesta duraba tan solo hasta la media noche, hora hasta la que, desde el anochecer, las mujeres lo pasaban rezando las llamadas *mil avemarías*. Con el tiempo fueron desapareciendo progresivamente elementos religiosos. Las primeras horas de la noche se pasaban ahora recorriendo el pueblo y visitando las cruces de los demás, para en las primeras horas de la madrugada refugiarse cada uno en "su cruz" y pasar allí el tiempo, recordando divertimentos y canciones olvidadas en la mente infantil para hacer más corta la noche y convidando a chocolate y dulces caseros a las eventuales pandillas de jóvenes que pasaban por allí sin saber ya muy bien dónde estaban. Era el momento de que las más viejas de la calle espieran furtivamente y cuchichearan entre ellas inexistentes noviazgos cuando un mozo



Las cruces de Añora son una de las fechas festivas claves en la comarca de Los Pedroches.

sacaba dos veces a bailar a la misma moza. Era también la ocasión propicia para que los más tímidos adquirieran el valor necesario para declarar su zozobra a la joven de sus sueños.

Era la noche de la velá

La fiesta de la Cruz hoy se ha convertido en un rito necesario para romper la monotonía diaria que suele envolver a los pequeños pueblos. La preparación de las cruces comienza más de un mes antes, tiempo durante el cual las mujeres del pueblo, agrupadas por calles, se dedican a diseñar y elaborar los adornos que constituirán la decoración del entorno de la cruz, decoración que en los últimos años ha adquirido características increíblemente barrocas. Apenas aparecen ya otro tipo de objetos que no sean suaves telas, flores naturales, elementos de finísima textura maravillosamente combinados que configuran un conjunto que necesariamente asombra a cuantos se acercan a este pueblo la noche del primer sábado de mayo. La imaginación en este trabajo, que alcanza sin duda en ocasiones la categoría de arte, se manifiesta por doquier. Los adornos y el conjunto decorativo es distinto cada año en cada una de las aproximadamente quince cruces que se visten. Con admiración se recuerda en el pueblo aquellas cruces que tuvieron como elemento principal cientos de garbanzos envueltos en papel dorado, o cardos pintados de color plateado, o suaves plumas de ave, o maravillosos dibujos geométricos realizados con velos de novia y tu-

les. Durante todo el tiempo que ha durado la preparación de las cruces, cada grupo de mujeres ha guardado celosamente el secreto de su diseño, cuidándose muy bien de las espías que intentan saber qué se está tramando tras las puertas cerradas, en una rivalidad, festiva en el fondo, que fomenta el sentimiento de identificación con las propias calles o barrios.

Actualmente la fiesta de la Cruz sigue perdiendo elementos tradicionales y rituales para convertirse cada vez más en una fiesta social que ha tenido que irse adaptando a las circunstancias. Por razones prácticas, la fecha de celebración pasó del día 3 originario al primer domingo de mayo, y para estimular el vestir cruces, el Ayuntamiento creó hace unos años premios en metálico, con lo que la costumbre se convirtió en concurso. A pesar de ello, es ésta una fiesta que apenas recibe apoyo y reconocimiento oficial de ninguna institución y que pervive exclusivamente gracias al empeño de los noriegos.

Coplas y miel

La fiesta de la Cruz ha constituido siempre una renovación del acervo tradicional de Añora, recordando canciones y juegos y liberando el ancestral espíritu rústico de los pueblos en manifestaciones apenas permitidas esa noche. Apenas esa noche, porque, aunque la preparación de la fiesta ocupa más de un mes, su celebración se desarrolla casi exclusivamente en la noche del sábado al domingo, como si la noche tan sólo pudiera encubrir esta unión de fiesta pagana y exal-

tación religiosa, como si un pueblo tan conservador como Añora no se atreviera a vivir de día esta celebración antropológicamente exclusiva. La noche propicia una desinhibición que permite actitudes impensables en cualquier otra circunstancia. Bailes en la calle donde poco importa quién sea la pareja, improvisados cantores de jotas y sevillanas que no volverán a mostrar sus cualidades musicales hasta dentro de un año, montones de botellas de vino y aguardiente de las que todos beben sin saber qué beben. Es la noche de la velá.

Las Cruces han dado pie también a multitud de coplillas de muy diverso carácter, entre las que destaca poderosamente aquella salutación al mes de mayo, que se ha convertido en la más genuina de las canciones noriegas: "Mayo, mayo, mayo, / bienvenido seas, / para trigos y cebadas, / caminitos y veredas, / Mayo, mayo, mayo, / bienvenido seas". Otras son testimonio histórico de sucesos del mundo agrario, como las que hacen referencia a viejas plagas: "A esta santísima Cruz / le venimos a cantar / que no se coman los grillos / los trigos ni las "cebás". Otras, finalmente, expresan una filosofía más práctica: "Oh Cruz santa, dame un novio / para alivio de mis penas. / Lo mismo da boticario, / médico que maestro escuela, / que tenga mucho dinero / y que me quiera la suegra". En algún momento de la historia, cuando el carnaval estuvo prohibido, esta fecha sirvió para publicar letrillas de doble intención que pasaban desapercibidas amparándose en la religiosidad de la fiesta. Este hecho pone de manifiesto

una vez más la ambigüedad de una celebración que todavía no tiene muy claro sus límites religiosos y paganos.

La fiesta, según las mujeres, que se constituyen protagonistas exclusivas, no está exenta de problemas. "La gente joven —dicen— no tiene entusiasmo por ayudar y no se interesa por vestir cruces. El día que nos acabemos en el pueblo las cuatro viejas, están las cruces acabadas, como no sea que luego pongan más interés". Qué se podría hacer para atraer a los jóvenes no parece una cuestión fácilmente resoluble: "Nosotras las llamamos, pero no vienen. Antes la noche de la cruz la pasábamos juntos jóvenes y viejos, con bailes y con zaragata, pero hoy no quieren estar con nosotros. Se van". Otra da con la solución: "Si en cada cruz hubiera una discoteca..."

Y es que el vestir cruces es algo que se lleva dentro. "Vestimos la cruz —dicen— para convivir las vecinas de la calle unas con otras. Entre nosotras hay más amistad y más unión estos días y estamos deseando que se acerque la fecha para empezar a decir "venga, venga, que hay que vestir a la cruz". Y desde entonces todas las tardes y en ocasiones hasta altas horas de la madrugada no falta el trabajo, alimentado por la ilusión de conseguir el primer premio. "Los premios —reconocen— animan mucho las cruces, aunque luego nos disgustemos por la forma en que los dan. Lo importante no es el dinero, que es muy poco, sino el decir que te han dado un premio". La composición del jurado calificador ha ensayado

varias fórmulas en los últimos años, pero no parece haber dado todavía con la adecuada: "El jurado vemos que algunas veces no es correcto; en esto de los premios hay siempre una poquita pasión. Debían fijarse más en el trabajo y no en que en esta o aquella cruz esté o no la mujer del alcalde o los concejales".

Pero todos los sinsabores y problemas desaparecen la noche de la Cruz, cuando se encienden las luces y comienza el desfile de personal propio y foráneo que de ningún modo puede disimular su admiración. "Da pena que tanto trabajo sea sólo para una noche y que mañana haya que desbaratarlo. Tenía que venir la televisión y enseñarlo a todo el mundo", se comenta en la espera. El frío causado por las tensiones de los premios se calma con el ardiente chocolate de madrugada y la amargura de una tenue desilusión con la dulce miel de las riquísimas *hojuelas*, el dulce más popular de la repostería noriega. Para todos los demás no faltan roscos de los tres pesos, magdalenas o borrachuelos, que recibirán gustosamente con el solo pago de cantarles una canción a la cruz... y decirle a sus fieles guardianas que es la más bonita del pueblo, que el jurado cometió una gran injusticia con ella si no le dio el primer premio, que la disfruten con salud y que el año que viene nos veremos de nuevo. Un ritual no escrito que hay que vivirlo para sentir bajo la piel el escalofrío que producen las tradiciones que han evolucionado espontáneamente a través de los siglos, sin perder nunca ni una pizca de su primitivo encanto.